

profunda del hombre confiere a éste su categoría de agente de la Historia.

Max Scheler ha planteado de manera muy rigurosa la esencia espiritual del hombre, al definir los atributos y caracteres del espíritu, entendiendo al hombre como un ser vitalmente ascético. «El hombre—dice Scheler—es el ser vivo que puede adoptar una conducta ascética frente a la vida—vida que le estremece con violencia—. El hombre puede reprimir y someter los propios impulsos; puede rehusarles el pábulo de las imágenes perceptivas y de las representaciones. Comparado con el animal, que dice siempre «sí» a la realidad, incluso cuando la teme y rehuye, el hombre es el ser que sabe decir no, el asceta de la vida, el eterno protestante contra la mera realidad. En comparación también con el animal, es el eterno Fausto, la bestia cupidissima rerum novarum, nunca satisfecha con la realidad circundante, siempre ávida de romper los límites de su ser de ahora, de su medio y de su propia realidad actual...» (1)

Esa capacidad de sustraerse al medio, de poner un dique a los requerimientos cósmicos y a los impulsos naturales, es cabalmente la raíz de la libertad. Merced a su condición espiritual de ser moralmente libre, el hombre puede escoger, decidir su destino y dar un tono a su conducta. Puede, en suma, ser protagonista de tragedia, pensando al modo griego, o de Historia, pensando con mentalidad moderna.

Ahora bien, ¿qué alcance tiene la libertad en el ser humano? El Conde Hermann de Keyserling, haciéndose eco de un largo siglo de indagaciones sobre la personalidad, ha podido escribir con entera justicia: «La libertad humana es sólo un menudo piñón en el gran movimiento del mecanismo del Universo, y aun la más libre de las per-

